

Itinerario de la *Lectio divina* en ocho pasos:

Un aporte a la espiritualidad del liderazgo en la Pastoral Juvenil

La *Lectio divina* o lectura orante de la Palabra de Dios, realizada según una larga tradición en la Iglesia católica, implica varios movimientos o pasos. Su fin es abrir la mente y el corazón a lo que Dios nos quiere decir a través de su palabra revelada en la Sagrada Escritura, para convertir su Palabra en vida con la ayuda del Espíritu Santo.

Este documento tiene dos objetivos: presentar de manera general la *Lectio divina* y ofrecer una guía para llevarla a cabo con profundidad con cualquier pasaje de la Escritura con el que se desee hacer oración. Se ofrece para asesores y animadores juveniles que tienen un nivel medio de formación bíblica y una experiencia con este método de oración gracias a metodologías y enfoques destinados a la juventud, como en la serie [Diálogos Semanales con Jesús](#) y el programa de [Lectionautas](#).

ESQUEMA

Introducción

Sección 1: La *Lectio divina* nutre la espiritualidad de los líderes y asesores en la Pastoral Juvenil

Sección 2: Nacimiento y renacimiento de la *Lectio divina*

- La *Lectio divina* en los primeros 19 siglos de la Iglesia católica
- Renacer de la *Lectio divina*

Sección 3: Esencia y pasos en la *Lectio divina*

- Metas de la *Lectio divina*
- Método en ocho pasos para la *Lectio divina*

Sección 4: Aportes para práctica la *Lectio divina* paso a paso

Sección 5: Esquema sintetizador de la *Lectio divina*

Sección 6: Guía para preparar una *Lectio divina* que ilumine la jornada de cada día

Introducción

En general se prefiere hablar de la *Lectio divina* en latín porque es un término preciso, con una historia concreta, que se refiere a una praxis o práctica de oración específica, la cual podría resumirse como “la lectura-escucha-orante personal de la Palabra de Dios, mediante un ejercicio ordenado y metódico que lleva a la contemplación del misterio de Dios y a la acción según el discernimiento de su mensaje durante la oración”.

En su sentido pleno, la *Lectio divina* es un medio privilegiado para el crecimiento espiritual de la persona y, como tal, requiere de una práctica constante mediante la cual se va adquiriendo y perfeccionado el hábito de este tipo de oración. Como la inmensa mayoría de los católicos, sean jóvenes o adultos, no crecieron leyendo la Palabra de Dios y orando con ella a partir del texto sagrado, este documento pretende ayudar a ello, en el marco específico de la Pastoral Juvenil, la cual tiene que estar fundamentada en una profunda espiritualidad cristiana o se convierte en actividades secas y desencarnadas del evangelio de Jesús.

La *Lectio divina* nutre la espiritualidad en la Pastoral Juvenil

La lectura orante de la Sagrada Escritura debe tener un lugar importante en la Pastoral Juvenil y ser una práctica frecuente en grupos juveniles parroquiales, movimientos apostólicos, retiros, programas de preparación para la Confirmación. Para que los animadores y asesores puedan facilitar este método de oración y promoverlo bien con la juventud, se requiere conocerlo y practicarlo como un medio de desarrollo espiritual personal e instrumento de madurez para la Pastoral Juvenil que animan con la Palabra de Dios.

Por ello se recomienda realizar *Lectio divina* en reuniones de los equipos de trabajo, sesiones de resolución de conflictos y procesos de planificación y coordinación, pues impregna el trabajo a realizar con el mensaje de Dios a cada uno de los participantes. Es una manera de animar y dar dirección a las acciones en la Pastoral Juvenil, como actividades importantes en la historia de salvación actual, a través de los procesos que están realizando.

La Sagrada Escritura nos pone en contacto con Dios cuando la leemos o escuchamos con fe, abiertos y dispuestos a recibir su mensaje. Orar con ella siempre tiene un impacto fuerte y positivo en nuestra vida personal y la vida de la Iglesia.

San Pablo desea que la palabra de Cristo habite en nosotros con toda su riqueza (Col 3, 16). Ésta es la meta de la *Lectio divina*: encontrarnos con Jesús, el Buen Pastor en cuyo modelo descansa la pastoral administrativa de modo que anime todas las acciones que se

desprenden de ella tomando en cuenta que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 10, 11; 14, 6).

Sólo a través de Jesús conocemos la verdad sobre Dios, nosotros mismos y el mundo al que pertenecemos, y alcanzamos la vida plena y abundante que ganó para nosotros, como él mismo dijo clara y enfáticamente: “Yo he venido a que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10, 10). Al leer la Palabra de Dios encontramos la razón de nuestro ser y de nuestra vocación a servir en su Iglesia como ministros eclesiales laicos, nutriendo con ella a los equipos de voluntarios que trabajan con nosotros y fermentando el espíritu del Evangelio en el laicado al que servimos, sean niños, jóvenes o adultos.

Al orar con la Palabra de Dios siguiendo una *Lectio divina*, cuando desarrollamos nuestra Pastoral Juvenil:

- Nos aseguramos que estamos viendo el plan de Dios para la creación, el mundo y la historia según sus designios al realizar los análisis de la realidad y discernir los signos de los tiempos.
- Nos dejamos interpelar por su Palabra, abriéndonos a un proceso continuo de conversión y crecimiento como ministros eclesiales al servicio del pueblo de Dios, tanto en nuestra apertura a los procesos pastorales como durante su ejecución.
- Escuchamos el llamado de Dios a continuar la misión de Jesús y extender su Reino de amor, justicia y paz, transformando así la cultura y la sociedad con los valores de Jesús, de maneras particulares a través de nuestra acción pastoral.
- Valoramos la *Lectio divina* como un método de oración propio de los laicos y con su práctica lo enseñamos a las personas que colaboran en los distintos ministerios de la Iglesia, fomentando que a su vez ellas lo utilicen al hacer sus propios ministerios y su apostolado laico.

Las siguientes tres secciones ayudan a comprender, valorar y visualizar la *Lectio divina* en un contexto comunitario.

LA PALABRA ESTÁ EN... TU BOCA
Y EN TU CORAZÓN,
PARA QUE LA CUMPLAS. Dt 30 14

Nacimiento y renacimiento de la *Lectio divina*

La *Lectio divina* ha sido practicada desde los primeros siglos de la iglesia, sobre todo por personas en la vida monástica. Hoy día se está convirtiendo en uno de los métodos preferidos también entre los laicos, por la riqueza que tiene partir de la Palabra de Dios al hacer oración.

LA *LECTIO DIVINA* EN LOS PRIMEROS 19 SIGLOS DE LA IGLESIA CATÓLICA

La lectura orante de la Sagrada Escritura nació con Orígenes (185-254), un teólogo que insistía que para leer la Biblia con provecho hay que hacerlo con atención, constancia y oración. Al darle el nombre de *Lectio divina* o “lectura de Dios” indicaba que al leer la Biblia no leemos un texto, sino que leemos la presencia activa de Dios en la historia de la humanidad.

Con el tiempo se convirtió en la columna vertebral de la espiritualidad de los monjes, en unión con la liturgia y el trabajo manual. En el siglo XII, un monje cartujo de nombre Guido, la describió como una escalera de cuatro peldaños espirituales, por los que los monjes llegaban al cielo: (1) lectura, (2) meditación, (3) oración y (4) contemplación.

Esta manera de leer la Escritura implicaba una lectura sistemática de la Biblia, hecha con el espíritu atento al mensaje de la Palabra de Dios. Buscaba el conocimiento de la verdad revelada a través de los autores humanos, para impulsar con ella el corazón hacia Dios, centrándose en las cosas buenas y alejando el mal. Su fin era alcanzar la contemplación, como una elevación de la mente a Dios, para saborear su amor y su misericordia y que naciera de ellos una congruencia de vida con el querer de Dios.

En el siglo XIII, las órdenes mendicantes utilizaban esta manera de orar como fuente de inspiración para su movimiento renovador en la iglesia. Con ellas, la *Lectio divina* salió de los monasterios y empezó a animar la vida activa y de transformación eclesial propia de las órdenes mendicantes.

En el siglo XVI, con la Reforma Protestante y la Contrarreforma que trató de mantener la Tradición católica en la interpretación de la Sagrada Escritura, ésta fue limitada a clérigos especialistas. Por cuatro siglos, la oración con la Palabra de Dios directamente leída de la Biblia, quedó restringida a monjes y clérigos con acceso a ella. Los laicos recibían el mensaje de la Sagrada Escritura a través de la predicación de los sacerdotes, la educación en historia sagrada recibida en los colegios y a través del catecismo, y mediante prácticas de religiosidad popular.

Florecieron así otros métodos de oración que alimentaron la espiritualidad de los laicos, muchos de ellos basados en relatos o textos de la Sagrada Escritura. Pero al no tener acceso al estudio de la Biblia, en ocasiones se generaron espiritualidades un tanto desarticuladas de la revelación de Dios a lo largo de la historia.

RENACER DE LA *LECTIO DIVINA*

El siglo pasado, el Concilio Vaticano II basó la renovación de la iglesia en un regreso a la Sagrada Escritura como fuente de la vida cristiana y de la Tradición católica (1962-1965). En la Constitución dogmática sobre la Divina Revelación, “*Dei Verbum*”, empezó a recomendar la lectura constante de la Biblia, acompañada de la oración (DV 25).

A partir de entonces, la *Lectio divina* retomó su lugar en la vida de la iglesia y, con el fuerte desarrollo del laicado fomentado por el Concilio, la lectura orante de la Palabra de Dios fue abriéndose camino entre los laicos. Hoy día, la *Lectio divina* se está difundiendo cada vez más en comunidades eclesiales con diversos carismas y enfoques pastorales, convirtiéndose en una fuente de renovación espiritual personal y de vivo compromiso eclesial.

El Concilio Vaticano II señala enfáticamente:

Es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: “Pues la palabra de Dios es viva y eficaz”, “que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados”.¹

A partir de entonces la práctica de la *Lectio divina* se empezó a realizar en diversos tipos de situaciones dando lugar a una variedad de métodos y adaptaciones apropiados para la multiplicidad de contextos en que se hace, en comparación de su realización en el ambiente monástico. Usualmente se mantienen los cuatro pasos originales, subdividiendo el último para indicar que la “contemplación” debe llevar posteriormente a la “acción”, o sea a la encarnación de la Palabra en la vida de la persona.

El papa Benedicto XVI insiste en que la Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio y que es en él donde encuentra su orientación para el camino. Por eso motiva a la Iglesia a utilizar la *Lectio divina* con frecuencia, ya que al centrarse en la Palabra de Dios, siempre dadora de vida, lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino, es fuente segura de renovación:

La Iglesia debe renovarse y rejuvenecer siempre; la Palabra de Dios, que no envejece ni se agota nunca, es el medio privilegiado para este objetivo. De hecho, la Palabra de Dios, a través del Espíritu Santo, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad plena (Cf. Juan 16, 13).

En este contexto, quiero evocar particularmente y recomendar la antigua tradición de la “*Lectio divina*”. La lectura asidua de la Sagrada Escritura acompañada por la oración permite un diálogo íntimo en el que, a través de la lectura, se escucha a Dios que habla, y a través de la oración, se le responde con una confiada apertura del corazón (Cf. “*Dei Verbum*”, 25). Si se promueve esta práctica con eficacia, estoy convencido de que producirá una nueva primavera espiritual en la Iglesia.²

En las Conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (2007), Los obispos de América Latina, en su enfatizan que:

La *Lectio divina*, bien practicada, conduce al encuentro con Jesús-Maestro, al conocimiento del misterio de Jesús-Mesías, a la comunión con Jesús-Hijo de Dios, y al testimonio de Jesús-Señor del Universo... al modo de tantos personajes del evangelio... [quienes] no abrieron su corazón a algo del Mesías, sino al mismo Mesías, camino de crecimiento en “la madurez conforme a su plenitud” (Ef 4, 13), proceso de discipulado, de comunión con los hermanos y de compromiso con la sociedad.³

Para responder a los desafíos de hoy, presentan varias líneas de acción; entre ellas señalan la urgencia de dar sentido y orientación a la vida para llevar a un compromiso misionero y en la acción política y social.⁴ La pastoral administrativa, al ser la que realiza la planificación, coordinación y evaluación de la acción pastoral, necesita fundamentarse en la Palabra de Dios para que toda persona que colabora en los distintos ministerios eclesiales y que fomenta el apostolado de los laicos en el mundo, sea instrumento de la renovación y misión de la Iglesia, “porque nos urge el amor de Cristo” (2 Cor 5, 14a) y la vocación de todo cristiano es dirigir con él su historia personal y la transformación de la sociedad.

En varias de sus homilías, el Papa Francisco habla de “custodiar” la Palabra de Dios. En una de ellas, explica lo que quiere decir con esto: Custodiar la Palabra de Dios no quiere decir que la recibo, tomo una botella, meto la Palabra en la botella y la custodio. Quiere decir que nuestro corazón se ha abierto a aquella Palabra como la tierra se abre para recibir las semillas. La Palabra de Dios es una semilla que es sembrada. Y Jesús nos ha dicho lo que ocurre con la semilla: algunas caen a lo largo del camino, vienen los pájaros y las comen; esta Palabra no ha sido custodiada, esos corazones no han sabido recibirla. Otras veces caen en una tierra pedregosa y la semilla muere.

Jesús dice que aquellos que no saben custodiar la Palabra de Dios porque no son constantes, cuando les sucede una tribulación se olvidan de ella. La Palabra de Dios puede caer en una tierra no preparada, no custodiada, donde hay espinas... Jesús habla del apego a las riquezas, los vicios.

Custodiar la Palabra de Dios significa meditar lo que nos dice uniéndola a lo que sucede en la vida. María hacia esto; meditaba y hacía la comparación. Éste, es un gran trabajo espiritual y fue el que llevó a María a dar el *fiat* y al hacerlo permitió la encarnación de Jesús en la historia.

Leer la vida con la Palabra de Dios: esto significa “custodiar”. Pero también recordar todas las maravillas de la salvación en su pueblo y en nuestro corazón, todo aquello que el Señor ha obrado en mi vida, nos ayuda a custodiarla. Es importante meditar con frecuencia en la Palabra de Dios, para que los pájaros del camino no la coman y los vicios no la sofoquen.⁵

Esencia y pasos en la *Lectio divina*

La *Lectio divina* es una lectura orante de la Sagrada Escritura; busca “conocer” la Palabra de Dios desde una perspectiva vivencial y mística. Se trata de recibirla y custodiarla en el corazón y la mente para vivir el misterio de Dios y enriquecer la vida con su sabiduría. No es un curso que busca “aprender” el contenido de la Biblia ni comprender e interpretar su mensaje mediante un estudio académico desde un punto de vista teológico. “Aprender” puede ser un resultado de “conocer”; conocer la Palabra de Dios es un fin en sí mismo.

METAS DE LA *LECTIO DIVINA*

La *Lectio divina* va más allá de un ejercicio con cuatro pasos: lectura, meditación, oración y contemplación. Es un proceso que abarca todos los aspectos de la interacción entre la persona y Dios, llevando a una experiencia mística o misteriosa de lo divino, siendo mucho más profunda que una exposición doctrinal o un aprendizaje bíblico.

La lectura orante de la Biblia fomenta el crecimiento espiritual en tres etapas. Lleva de la oscuridad causada por la ignorancia o falta de conciencia sobre lo que Dios quiere decirnos en determinado momento de la vida, a una iluminación espiritual por la Palabra, que da sentido a la vida, para detenerse después en una contemplación mística de Dios desprovista de cualquier ejercicio intelectual que nos distraiga de ella.

Al orar con la Palabra de Dios, el misterio infinito de Dios y el misterio infinito del ser humano entran en contacto íntimo, para proseguir adelante al unísono, llenando la vida personal con la vida divina y sincronizando los planes propios con los designios de Dios para así poder continuar la misión de Jesús. Al descubrir a Dios como el Amor, la Verdad, la Libertad, la Paz, la Justicia... nace en nosotros un deseo inmenso de abandonarnos en él y dejar que sea Jesús dé dirección a nuestra vida y el Espíritu Santo quien guíe nuestra acción pastoral.

Al beber de la Palabra misma de Dios, la *Lectio divina* nos consagra al Padre y nos identifica con Cristo y, al abrirnos a la acción del Espíritu en nosotros, nos ayuda a trascender nuestra humanidad y tener una experiencia mística de Dios. Nuestra propia realidad humana, con todos sus aspectos personales y del contexto en que vivimos, puede así identificarse con la historia de salvación revelada en el texto sagrado, originando en cada ocasión un nuevo conocimiento de Dios a través de su presencia activa en nosotros.

Como la *Lectio divina* se basa en la lectura de la Sagrada Escritura, personas de todas las tradiciones cristianas pueden participar juntas, sin preocuparse de las diferencias doctrinales entre ellas. Por eso es un método de oración muy apropiado en proyectos de pastoral social o educativa, en los que participan personas de distintas iglesias cristianas.

Sin embargo, por muy bella y dadora de vida espiritual que sea la *Lectio divina*, sólo tiene sentido si lleva al compromiso de vida cristiano. Por eso es importante desdoblar el paso de la “contemplación” según la practicaban los monjes, en “contemplación” y “acción”. Lo que sucede es que para los monjes “oración y acción” estaban íntimamente ligadas, ya que llevaban a la oración sus actividades diarias, las cuales a su vez estaban impregnadas con el espíritu y la visión de Dios que adquirían en su oración.

Los laicos tendemos a separar las dos cosas, de ahí la importancia de enfatizar la “contemplación” como meta de la dimensión espiritual de la *Lectio divina*, y la “acción”, como la meta de toda vida cristiana.

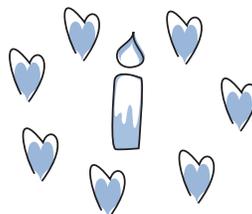
Como la *Lectio divina* es un medio para encontrarnos con Jesús, existen muchas maneras de llevarla a cabo, las cuales varían dependiendo de las circunstancias. Realizar este tipo de oración diaria e individualmente es muy diferente que hacerla en comunidad y ocasionalmente. De cualquier manera va generando familiaridad con la Palabra de Dios y promoviendo intimidad con él a través del texto sagrado.

Es importante que no esté tan estructurada que pierda espontaneidad, ni tan desorganizada y suelta que no lleve a la meta deseada. Orar con una *Lectio divina* o facilitarla para una comunidad, requiere apertura al Espíritu y tiempo para el diálogo con Dios.

MÉTODO EN OCHO PASOS PARA LA *LECTIO DIVINA*

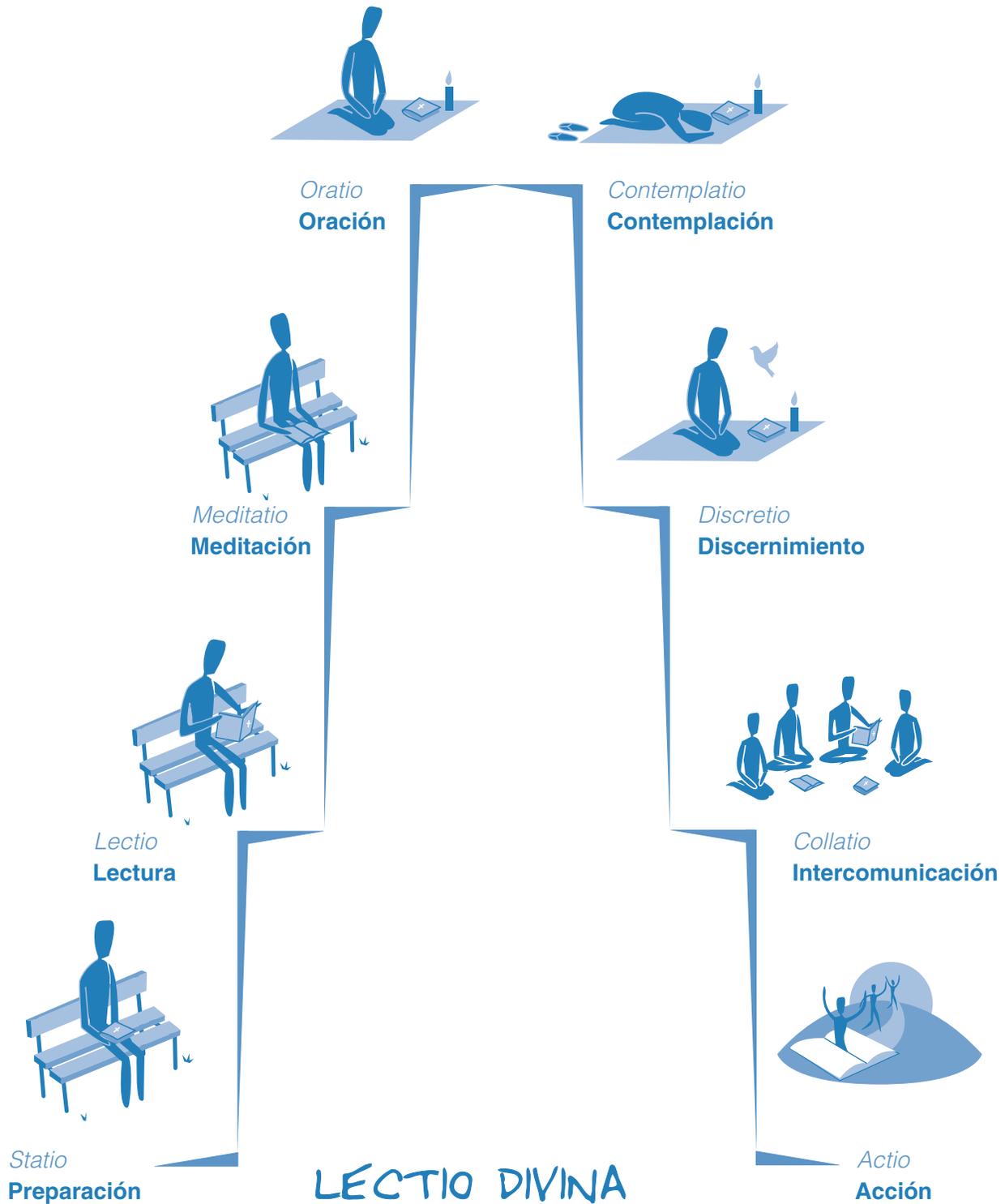
A continuación se presenta un método en ocho pasos, que ayudan a incursionar de manera sencilla en el método tradicional de la *Lectio divina*, al desdoblar en más los cuatro pasos practicados por los monjes.⁶ Se trata de un ejercicio espiritual personal que se distingue de la la escucha de la Palabra en la celebración eucarística o litúrgica, incluida la Homilía, la cual es una actividad de toda la asamblea cristiana. De hecho, la *Lectio* puede realizarse como preparación o como continuación de la lectura de la Palabra en la liturgia. Si se realiza en comunidad, sólo hacia el final se comparte la experiencia vivida y su fruto en cuanto al mensaje recibido.

A continuación se presenta el itinerario de la jornada espiritual al realizar la *Lectio divina* en ocho pasos. Después se presenta un esquema que muestra el itinerario.



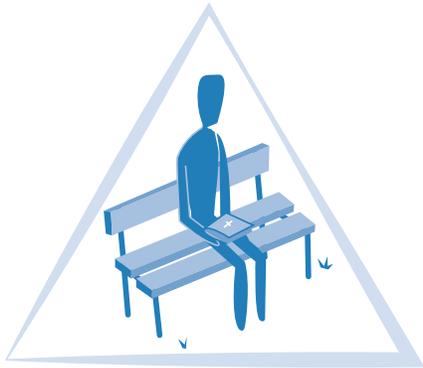
ITINERARIO ESPIRITUAL CON LA *LECTIO DIVINA*

1. STATIO (Preparación)	LA PALABRA ESPERADA. Estoy a la espera. Me pongo a la escucha. Disposición interior. Silencio.
2. LECTIO (Lectura)	LA PALABRA ESCUCHADA. Leo el texto con atención. Leer bien es escuchar en profundidad.
3. MEDITATIO (Meditación)	LA PALABRA COMPRENDIDA. El significado de la Palabra. ¿Qué dice, qué me dice? ¿Quién me dice?
4. ORATIO (Oración)	MI PALABRA RESPONDE A LA PALABRA. Se inicia mi diálogo con la Palabra: Oro con el texto y brota viva la oración.
5. CONTEMPLATIO (Contemplación)	LA PALABRA ENCARNADA. EPIFANÍA. Ante la manifestación de Dios, me postro, Adoro en silencio ante la Palabra.
6. DISCRETIO (Discernimiento)	LA PALABRA CONFRONTADA. Prolongo la escucha, discierno. Analizo. Distingo cuál es la voluntad de Dios.
7. COLLATIO (Intercomunicación)	LA PALABRA COMPARTIDA. Sopeso con otros mi respuesta a la Palabra. Diálogo con los hermanos.
8. ACTIO (Respuesta)	LA PALABRA EN ACCIÓN. La Palabra de frutos. Se cumple, se realiza. Vida. Testimonio. Anuncio. Compromiso.



Copyright © 2013, Instituto Fe y Vida

Aportes para practicar la *Lectio divina*



Statio / Preparación

1. Preparación

Cuando hay un carro estacionado, está detenido, ha dejado de rodar y después habrá que reemprender la marcha. Si estamos en una estación del metro, el tren o camión, estamos a la espera del transporte que tomaremos para ir a un lugar. *Statio* tiene este significado. Implica hacer un alto en las actividades regulares para emprender otra ruta, el camino de la lectura orante de la Palabra de Dios.

Para prepararse a la *Lectio* es necesario tomar el tiempo para entrar en el ambiente espiritual necesario para escuchar la Palabra con atención. Lo hacemos:

- **Buscando un sitio y el tiempo** para estar en paz y en silencio; toda persona que los busca de verdad, los encuentra, con mayor o menor frecuencia. Puede ser una capilla, el aposento de uno, la sala de la casa, el jardín... la naturaleza, muy temprano... ya noche... ante el Santísimo o ante el altar familiar...
- **Disponiendo nuestro cuerpo** para lo que vamos a hacer, entrando en quietud, sentándonos de manera cómoda, en una postura reverente.
- **Liberando nuestra mente y corazón** de las preocupaciones de la vida diaria. Dos medios buenos para lograrlo son: hacer ejercicios respiratorios de relajamiento y beber agua como un gesto simbólico de que está limpiando nuestro ser de cualquier cuestión que nos puede distraer del proceso de la *Lectio divina*. Cuando ya se está listo, los cinco pasos pueden empezar.
- **Tomando la Biblia en nuestras manos**, como si fuera un tesoro, abrazándola con cariño y besándola con amor a la Palabra contenida en ella. Al hacer estos gestos unimos nuestro cuerpo y nuestra mente, nuestra corporeidad y nuestra interioridad con la historia sagrada revelada en estas páginas, que nos hablan a cada uno de nosotros.
- **Orando por la luz y los dones del Espíritu Santo:** la luz para ver la vida con la mirada de Dios que nos brindará su Palabra; los dones —entendimiento, sabiduría, consejo, fortaleza...— para abrirse a la Palabra de Dios y responder a ella de modo que la vida se convierta en oración en la acción, al encarnar en ella la Palabra.

- **Pidiendo a María que nos acompañe y nos ayude a adquirir sus actitudes de escucha a la Palabra, de humildad ante el mensaje de Dios, de acogida a la sabiduría de Dios, de sencillez y generosidad en nuestra respuesta.**
- **Creando un silencio interior que recoge y pone en contacto todo nuestro ser con el Espíritu de Dios, que habita en nosotros, pues es él quien nos pone en contacto directo con Dios a través de su Palabra. Necesitamos tener “la casa sosegada”, para poder sintonizarnos con el querer de Dios y ponernos en la misma onda. Es un silencio que nos aísla del entorno y que nos desprende del ruido de nuestros sentimientos y pensamientos.**

San Juan de la Cruz, en sus versos en la Noche oscura, describía este silencio diciendo: “Salí sin ser notado, estando ya mi casa sosegada”. En su Cántico espiritual lo decía así: “La noche sosegada, la música callada, la soledad sonora, la cena que recrea y enamora... Porque habrá cena. Él está a la puerta y llama: ‘Si alguno oye mi voz y me abre, entraré en mi casa, y cenaremos juntos’ (Ap 3, 20)”.



Lectio / **Lectura**

2. Lectura

Es el momento de “la lectura” propiamente dicha. Llamamos *Lectio divina* a todo el itinerario porque se fundamenta en esta acción. Se trata de leer la Palabra de manera inteligente para captar tanto su sentido literal, lo que quiso decir el autor sagrado, como su sentido espiritual, lo que Dios nos está diciendo a nosotros.

Para leer el texto bíblico, hay que hacer lo siguiente:

- **Elegir un pasaje específico, que podamos comprender y que alcancemos a retener en la mente conforme lo vamos leyendo.**
- **Ubicar el texto según su lugar en la historia de salvación, recordando que el Antiguo Testamento es la preparación para la revelación plena en Jesús, y acercarse a cada texto según su estilo literario para captar bien su mensaje.**
- **Abrirse a la Palabra de Dios en la Escritura, como al manantial donde Dios nos espera para darnos a deber y saciar nuestra sed de él y su amor liberador.**
- **Poner atención a lo que leemos, atentos al contexto y a las referencias en los textos paralelos, para captar bien el mensaje y profundizar en su significado.**

Principios fundamentales al leer la Biblia

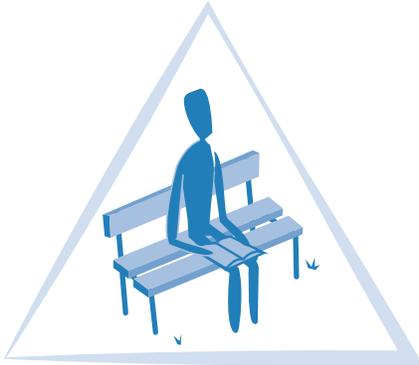
Al leer la Biblia hay que considerar que la Iglesia ha establecido un principio válido para la interpretación del que se derivan una serie de criterios importantes. Se trata del presupuesto que podíamos llamar del doble autor:

“Escritos bajo la inspiración del Espíritu santo tienen a Dios como autor. Pero en la redacción de los libros sagrados, Dios eligió a hombres, que emplearon al escribir su propias facultades y medios, de forma que obrando El en ellos y por ellos, escribieron, como verdaderos autores, todo y sólo lo que Él quería”. (Dei Verbum, N° 11)

De esto se deriva que una lectura inteligente de la Biblia:

- No puede ser fundamentalista o literalista, es decir interpretar el texto al pie de la letra, sin considerar su contexto histórico y género literario.
- Ha de reconocer al autor y situarlo en su tiempo, cultura, geografía e historia.
- Debe estar consciente del género literario en que está escrito el texto, pues no es lo mismo una crónica que un poema, ni un libro de sentencias que un relato novelado.
- Necesita conectar con la tradición eclesial y respetar la unidad y armonía interna de toda la revelación.

- **Repetir varias veces la lectura**, para familiarizarse con todo el texto e ir captando sus distintos matices y perspectivas, para poder detenerse en las palabras o frases que el Señor nos indique y centrarnos en ellas.
- **Memorizar el texto y custodiarlo en el corazón**, sea un trozo grande cuyo significado se descubre sólo al mantenerlo en mente completo, sea una cita pequeña cuyo mensaje es profundo y vital.
- **Escribir el texto y, al hacerlo, llenarse con su significado**, anotando el significado descubierto al haberlo analizado según su contexto, estilo literario e intención del autor.
- **Convivir con la Palabra**, dejando que haga eco hasta lo más profundo de nuestro ser, subrayando lo que nos impacta, nos hace vibrar, nos cuestiona, nos hace gozar...
- **Unir nuestro corazón con el de Dios**, dejarnos amar por él quien nos busca al hablarnos; interesándonos por lo que nos dice, como Samuel, que “no dejó caer en tierra ninguna de sus palabras” (1 Sam 3, 19).



Meditatio / **Meditación**

3. Meditación

Meditar es guardar en el corazón las palabras leídas anteriormente, iluminadas por el Espíritu Santo, quien abre nuestra mente y nuestro corazón para que comprendamos y hagamos nuestro lo que leímos como Palabra de Dios para mí, hoy. A través de la meditación, la Palabra se encarna en nosotros y nos introduce al misterio de Cristo, la palabra vida de Dios.

María, nos dice el evangelio, “Guardaba todas esas cosas en su corazón” (Lc 2, 51). De igual manera nos toca hacerlo a nosotros. Se trata de prestar atención a lo que leímos antes confrontando su mensaje con los acontecimientos de la vida en un ambiente de amor, gratitud y asombro hacia la obra de Dios en nosotros.

Meditar es pensar y reflexionar. Santa Teresa decía: “Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento” y San Gregorio Magno: Lo que hemos leído son “las cosas que creemos han sucedido históricamente, pero ahora tienen que actualizarse en nosotros místicamente”, o sea misteriosamente.

Para meditar se recomienda considerar la Palabra como:

- **Agua (Is 55, 10-11)**, que penetra la tierra, como si fuera agua, rocío o lluvia recia que trae vida nueva, un agua que proviene de un manantial que nunca se acaba.
- **Levadura (Mt 13, 33)**, que se mezcla y se hace una con la masa, transformando las preocupaciones, problemas y angustias en esperanzas, hasta crear un alimento nuevo con el que nutrir nuestra vida cotidiana y hacer crecer en nuestro corazón y a nuestro alrededor el Reino de Dios.
- **Espejo (Sant 1, 23-26)**, en el que tenemos que mirarnos honestamente, contrastando lo que somos con veracidad y humildad, visualizando al mismo tiempo cómo Dios quiere que seamos.
- **Espada (Ef 6, 16)**, que hiere nuestro orgullo, autosuficiencia, egoísmo, prepotencia... para realizar en nuestro corazón una cirugía que elimina aquello que nos separa del camino de Dios, que no nos permite ser seguidores fieles de Jesús.

Hay que conectar el mensaje central en la lectura de la Palabra mediante un trabajo detallista, hecho con cuidado, conscientes que estamos creando algo muy bello y bueno con la ayuda del Espíritu Santo:

- **Relacionando el mensaje del texto leído con el mensaje global de la Palabra**, en particular con algunos aspectos de la vida y el mensaje de Jesús, con los que vemos una relación natural al estar haciendo la meditación, como podrían ser las bienaventuranzas, su llamado a los discípulos, sus parábolas del Reino, su muerte y resurrección...
- **Relacionando el mensaje del texto leído con nuestra propia vida**, en tres momentos o dimensiones:
 1. Recojo las palabras que más me han llamado la atención. ¿Qué significan para mí? ¿Por qué me importan?
 2. Interiorizo o rumio estas palabras, desde la mente pasan al corazón y toman morada en él. ¿Qué siento yo? ¿Cómo me siento yo?
 3. Veo mi vida y la vida, mi historia personal y la historia colectiva, a la luz de esa Palabra. ¿Qué me sugiere la Palabra de Dios? ¿A qué me invita? ¿Qué me pide? ¿Qué me exige?

La meditación cristiana es cristocéntrica

Cristo es la Palabra encarnada; así empieza el evangelio de San Juan: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 1). Todas las palabras escritas en el Antiguo Testamento se reducen en una: El Verbo encarnado.

Por eso la meditación del cristiano se centra en Cristo. El cristianismo no es la religión de la Biblia, sino la religión de Cristo; sin él las letras forman palabras muertas.

Cristo es la luz que da sentido a nuestra meditación, a todo lo que hayamos leído.

“En la Sagrada Escritura se manifiesta, sin menoscabo de la verdad y la santidad de Dios, la admirable condescendencia de la sabiduría eterna, para que conozcamos la inefable benignidad de Dios, y de cuánta adaptación de palabra ha usado teniendo providencia y cuidado de nuestra naturaleza. Porque las palabras de Dios Expresadas con lenguas humanas se han hecho semejantes al lenguaje humano, como en otro tiempo el Verbo de Padre Eterno, tomada la carne de la debilidad humana, se hizo semejante a los hombres”. (Dei Verbum, no. 13)

Meditar es invertir nuestros cinco sentidos en la oración:

- **Escuchar** una y otra vez lo que Dios me quiere comunicar, como en eco cada vez más profundo y amplio, que penetra hasta el fondo del ser y lo inunda al irse haciendo más y más amplio.
- **Saborear** el mensaje de la Palabra, captar la dulzura de sus palabras consoladoras, la firmeza de su plan de amor para toda la humanidad, la tristeza ante nuestra infidelidad y dureza de corazón...
- **Sentir** el amor de Dios proyectado en ese texto y sentir tanto nuestro amor como nuestra falta de amor.
- **Ver** el rostro de Dios que se revela, conocerlo a través de su revelación plena, como el mismo Jesús lo dijo: “El que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9).
- **Percibir** el aroma fresco y lleno de vida nueva que proviene del reino de Dios en las personas, en sus relaciones interpersonales y en la sociedad.



Oratio / Oración

4. Oración

De la meditación brota nuestra oración, como respuesta al Señor que nos ha hablado. Hemos reflexionado el texto; ahora lo hacemos oración. La oración tiene sentido en sí misma; su valor radica en expresar a Dios lo que nace de nuestro corazón, movido por el Espíritu Santo. Es amistad gratuita que proviene del amor; no es funcional, comercial o utilitarista, ni busca alcanzar nada.

La Palabra del Señor engendra la luz y el fuego, enciende “nuestras palabras”. Es como una espada que provoca reacciones:

- **Cuando es luz que ilumina mi pecado**, provoca en mi corazón tristeza por haberlo ofendido y nace de él una petición profunda de perdón.
- **Si me hace ver los vacíos de luz, amor y vida**, en mi corazón, mi entorno o el mundo, despierta el deseo de que haga presente su misericordia y nace una oración de súplica e intercesión.
- **Si la lectura afloró el dolor y el sufrimiento, las angustias y las ansiedades** que estamos padeciendo en esos momentos de nuestra vida, nace la queja, el llanto, la petición de auxilio, el cuestionamiento: ¿por qué, Señor?, acompañados de la misma

oración de Jesús: “Aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Mc 14, 36), seguida de la ofrenda de ese dolor uniéndolo al de Jesús.

- Cuando me enseña a leer mi historia personal o la historia de la humanidad, descubro que se trata de una “historia de salvación”; entonces la oración se hace “eucaristía”, alabanza, acción de gracias... porque la Palabra me ha hecho ver que todo es don, todo es gracia.

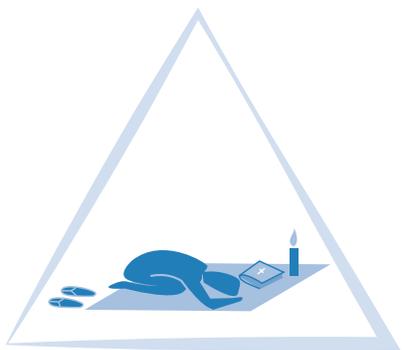
“La vivencia interior sólo se convierte en algo del [ser humano], cuando éste la configura de alguna manera. La fe tiene que expresarse; de otra manera la vivencia de la fe no llega a convertirse en parte vital de la persona entera”. (Lukken)

En la oración expresamos lo que sentimos, dándole forma con nuestras palabras. Los sentimientos adquieren forma al decirlos, al traducirlos en expresión, lenguaje, gesto.

Dios nos habla. Nosotros lo escuchamos, le preguntamos, constatamos lo que nos dice, comprendemos, sentimos, deseamos... y respondemos hablando, articulando nuestra respuesta de viva voz o en el silencio del corazón. Es un diálogo con Dios, un coloquio; no es un monólogo.

La *oratio* es profunda; se sitúa en las honduras del corazón, nace con palabras llenas del significado que el Espíritu Santo da a la Palabra de Dios para cada uno de nosotros. No es una oración superficial, situada en la periferia, sólo en los labios que dicen palabras huecas.

La persona orante hace propia la palabra leída. La Palabra de Dios se hace palabra mía, que vuelve a Dios en forma de oración. Con la *oratio* hemos alcanzado la cima de los ocho pasos, la cual va seguida de la *contemplatio*, el momento clave que distingue la *Lectio divina* de otros tipos de oración y que se presenta a continuación.



Contemplatio / **Contemplación**

5. Contemplación

La *oratio* desemboca en la contemplación. Estamos en la cima de la montaña, en el lugar más alto donde podemos contemplar el misterio de Dios. Tocamos el cielo desde lo más profundo de nuestro ser que está inundado de Dios. Nuestra atención pasa de la Palabra hablada a Aquel que habla: Dios mismo, para perdernos en él.

En la contemplación nuestro ser entero se encuentra con su Creador; nos quedamos maravillados y como ciegos ante su presencia amorosa e iluminadora. Es la experiencia de sus discípulos en la transfiguración (Lc 9, 28-36): descubrimos a Cristo con su doble

naturaleza humana y divina y quedamos apabullados ante el misterio tan grande y hermoso del Dios hecho carne; la Palabra encarnada está ante nosotros.

Nuestra mirada ha traspasado el horizonte de lo inmediato, lo superficial y lo temporal. Estamos ante una experiencia mística: el misterio de Dios nos llena y en él descubrimos el sentido profundo y último de nuestra existencia. El amor de Dios nos llena y la alegría nos desborda; su plan de amor para nosotros y la humanidad nos deja pasmados por su grandeza y genera una disposición nueva hacia quien es el origen y el fin de todo lo creado.

Percibimos la unidad entre el pasado, cuando sólo existíamos en Dios, nuestro presente como peregrinos en la tierra y nuestro futuro en comunión plena con Dios. Vemos como en esta realidad trascendente se inserta nuestro proyecto de vida personal, el proyecto al que hemos sido llamados desde el vientre de nuestra madre y que vamos descubriendo con todo su valor en la presencia de Dios.

Caemos de rodillas, nos vencemos ante tanta inmensidad. En la contemplación:

- **Percibimos la realidad divina y nuestro ser con todo su potencial se aquieta;** somos lo que Dios quiere que seamos.
- **Nuestra memoria, razonamientos y voluntad propia desaparecen,** para hacerse unos con los de Dios; descubrimos que nuestra historia es historia salvación, nuestros pensamientos y sentimientos se identifican con los de Jesús.
- **La palabra divina nos inunda, nos empapa;** dejamos de discurrir con la cabeza y de hablar con el corazón. Reaccionamos según nos mueve el Espíritu que ha puesto nuestro interior en una unión muy especial con Dios: enmudecemos o cantamos; nos postramos o danzamos... adoramos... lloramos. ¡El asombro se convierte en algo normal!
- **Miramos a Jesús y nos dejamos mirar por él sin falsedades ni hipocresías.** Esta atención única y completa a él y de él a nosotros, nos energiza, ilumina nuestro existir, purifica nuestro corazón y nuestras intenciones. Es una experiencia espiritual de identificación con Jesús, que genera una renuncia del “yo” y un deseo sobrenatural de ser, ver, juzgar, actuar y celebrar como él.
- **Penetramos en la medida de lo posible los misterios de Cristo:** lo sentimos hecho carne en nosotros, pudiendo exclamar como Pablo, “ya no soy yo quien vive en mí, sino Cristo el que vive en mí” (Gal 2, 20); experimentamos la abundancia de su vida al haber vencido el pecado y la muerte; vivimos la energía de su Espíritu que nos ha llevado hacia estos momentos de éxtasis.
- **Tenemos una experiencia del Reino de Dios,** vivimos intensamente sus frutos, saboreamos la calidad de vida que le es propia, percibimos su profundidad y amplitud; reaccionamos embelesados, extasiados, transportados al más allá, donde la experiencia será plena, sin atadura alguna, sin las limitaciones de nuestra humanidad.

Es la reacción de los discípulos de Emaús cuando descubrieron que era el Señor quien estaba con ellos y les había explicado las Escrituras (Lc 24).

- **El círculo pastoral adquiere un sentido profundo.** La vivencia espiritual descubre o revela con intensidad el sentido de nuestro ser, vemos y juzgamos la realidad que habíamos puesto en oración como Jesús, el Espíritu está disponiendo nuestra voluntad para ser fieles seguidores suyos y preparando nuestras aspiraciones y motivaciones para continuar su misión.
- **Nuestra vocación bautismal es renovada y fortalecida;** el conocimiento interior que adquirimos de Jesús nos deja listos para amarle más fuerte y fielmente, y para seguirlo como discípulos misioneros en estado de misión permanente.



Discretio / **Discernimiento**

6. Discernimiento

Discernir quiere decir “distinguir las diferencias”. En la *Lectio divina* distinguimos lo que Dios nos dice de la palabrería humana; diferenciamos lo que proviene de Dios, lo que nace de mi “yo” y lo que es causado por el maligno. Empezamos a discernir al hacer la lectura y seguimos en la oración; la contemplación ayuda de modo singular pues colora nuestra vida entera de manera distinta.

La Palabra de Dios está viva, es libre y gratuita, exigente y liberadora, y “La Palabra de Dios no está encadenada” (2 Tim 2, 9); “La Palabra del Señor... era dentro de mí como un fuego ardiente encerrado en mis huesos, me esforzaba en sofocarlo, pero no podía (Jr 20, 9). Hay que hacer un alto y discernir: ¿Cómo encausar ese fuego? ¿Qué opciones tenemos ante nosotros, que sean según el Evangelio?

Durante el discernimiento podemos elegir ser, amar, pensar y actuar como seguidores de Jesús, concretando así la voluntad de Dios. Cada ser humano —cada cristiana y cristiano— es un ser único, irrepetible, original, que vive su vida en unas coordenadas distintas en el mundo y en la Iglesia. Su respuesta a la Palabra de Dios es libre y personal, y va madurando mediante el discernimiento personal, el cual se da a lo largo de toda la *Lectio*.

Aquí se indica el discernimiento como un paso distinto, pero es importante mantenerlo presente en todo momento, preguntándose: ¿Qué es lo que Dios quiere y espera de mí, aquí y ahora?

Discernir conlleva:

- **Interpretar o reinterpretar, leer o releer la Palabra de Dios en la situación concreta en que uno se encuentra.** Dios nos habla aquí y ahora: ¿Qué es lo que el Espíritu a través de la Palabra, me pide o me exige hoy en día, en mis circunstancias personales y el momento histórico en que vivo?
- **Una tarea que requiere flexibilidad y madurez.** La respuesta a la Palabra no es una mecánica, rígida y matemática. Tampoco es siempre la misma, repetitiva y aburrida, pues cada vez que nos abrimos a ella, el Espíritu nos da luces distintas para que sigamos creciendo en nuestra relación con Dios.
- **Luz, fuerza y valentía.** Dice San Pablo: “No se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom 12, 2).
- **Identificar los “signos de Dios” en los “signos de los tiempos”.** Al igual que Jesús, vivimos en un tiempo, lugar y cultura determinado; estamos inmersos en el acontecer de la historia. Nuestro llamado bautismal a continuar la misión de Jesús lo realizamos a lo largo de nuestra historia personal, en el marco de la historia de nuestro pueblo y del mundo en general. La encarnación de la Palabra sólo se da en estas coyunturas históricas, de ahí nuestra obligación a ser profetas de esperanza en la sociedad en que Dios nos ha colocado.
- **Cuidar de no atribuir a Dios lo que es cuestión nuestra.** San Juan de la Cruz advertía que muchas veces justificamos lo que queremos diciendo: “‘Dijo mi Dios, respondió mi Dios’. Y no será así, sino que las más veces ellos mismos se lo dicen a sí mismos”.



Los signos de Dios en los signos de los tiempos

Llamamos “signos de los tiempos” a los acontecimientos históricos que logran crear un consenso universal y que permiten la comprensión de las etapas fundamentales de la historia de la humanidad. Jesús desafía a los fariseos a discernir los signos de los tiempos y encontrar en ellos a Dios, sin estar pidiendo señales provenientes del cielo (Mt 16, 4; Lc 12, 54-56), para analizar con perspicacia la realidad desde el marco de los valores del Reino.

El papa Juan XXIII, con fuerza profética, volvió a proponer su significado original al convocar el Concilio Vaticano II:

Haciendo nuestra la recomendación de Jesús de saber distinguir los signos de los tiempos, creemos descubrir, en medio de tantas tinieblas, numerosas señales que nos infunden esperanza sobre el destino de la Iglesia y de la humanidad (Gaudium et spes, nos. 4, 11, 44).

Al discernir los signos de los tiempos, la Iglesia expresa ante todo sus relaciones con el mundo en un momento determinado de la historia. Busca anunciar la presencia de verdaderos signos positivos que pueden ser catalizadores de cambio para todos, vistos a la luz del Evangelio y el misterio pascual, en lugar de ser profeta de desventuras.

El discernimiento que se hace en la *Lectio* ha de considerar siempre los signos de los tiempos, ya que es una exigencia de la actualización del mensaje de la Sagrada Escritura y un elemento esencial para hacer vida la Palabra de Dios en el aquí y ahora. Es así como los cristianos velan del presente y construyen el futuro según los valores de Jesús.



Collatio / **Intercomunicación**

7. Intercomunicación

La Palabra de Dios es para cada cristiano y para la comunidad eclesial. Al responder a la Palabra en la vida, lo hacemos como cuerpo de Cristo activo en la historia. Por eso podemos y debemos compartir la Palabra con las hermanas o hermanos. La luz y la fuerza que nos vienen de la Palabra de Dios se incrementan a través del Espíritu que actúa en ellos y fortalece la comunión eclesial.

Esta tarea y este empeño por compartir la Palabra es un paso específico en la *Lectio*, cuando se practica en grupo o comunidad. Además, debe suceder también cuando llevamos un itinerario como camino personal; de ahí la importancia de ser miembro de una pequeña comunidad de fe y de contar con un acompañante o guía espiritual.

En el caso de la *Lectio* en grupo, supone lo siguiente:

- **Elegir un solo texto sobre el que todos harán la *Lectio***, de modo que el Espíritu ilumine la Palabra de Dios desde distintas perspectivas que serán complementarias, pues Dios habla a cada persona según lo necesita en cada momento de su vida.
- **Realizar individualmente los primeros cinco pasos y el discernimiento personal durante ellos**, en el silencio del corazón donde Dios y yo nos hablamos frente a frente.
- **Intensificar la vivencia de la luz y la fuerza recibida**, mediante gestos que hace la comunidad al unísono para expresar su oración como cuerpo vivo de Cristo mediante cantos, aclamaciones y gestos corporales.
- **Llevar a cabo una homilía compartida centrada en la oración de cada uno**, poniendo en común de lo que nos ha dicho Dios a través de su Palabra. Esto supone:
 - Honrar con respeto y delicadeza las mociones del Espíritu en cada persona, conscientes de que Dios habla a cada quien según su personalidad, dones y circunstancias particulares.
 - Compartir la experiencia de Dios, alguna vivencia espiritual durante los pasos anteriores, sin disquisiciones o disertaciones teológicas, pues es un intercambio de experiencias y vivencias; no de conocimientos intelectuales.
 - Aceptar los aportes de los demás sin argumentar con ellos, ni tratar de dar una catequesis o clase de Biblia, aunque alguna de las personas con conocimientos exegéticos puede hacer una breve aclaración sobre la interpretación correcta de

un pasaje, cuando la que se le está dando es abiertamente equivocada y el mensaje de la Palabra está siendo distorsionado.

Se recomienda que los laicos realicen una *Lectio divina* en comunidad, con una o varias de las lecturas de la Eucaristía dominical. Esto puede hacerse como una preparación para vivir mejor la liturgia, revitalizarla y obtener más frutos de ella, en particular de la liturgia de la Palabra.

Un aporte que pueden dar los laicos a la comunidad parroquial es compartir con los sacerdotes los frutos de su *Lectio*, para ayudarles a encarnar su homilía en la realidad de los fieles, sus familias y el momento histórico que viven. Con este fin se puede instituir el “ministerio de la homilía compartida”, en el cual cada semana una comunidad de fe distinta comparta su vivencia de la *Lectio* con el sacerdote; así algunas veces haría esto el grupo de oración, otras la comunidad juvenil, otras el coro, la comunidad de ministros de la liturgia...



Actio / Acción

8. Respuesta traducida en acción, compromiso y testimonio

Nuestra respuesta a Dios es parte integral y esencial en el itinerario de la *Lectio divina*. La Palabra de Dios es letra muerta o sólo literatura grandiosa, si los cristianos no la hacemos vida. La respuesta que damos a Dios al final del proceso de una *Lectio* ha de traducirse siempre en “Acción, compromiso y testimonio en la vida cotidiana”.

El último paso de la *Lectio* hace el puente a la vida cotidiana. Durante el proceso mismo, algunas personas le llaman “*Actio / Acción*”, otras simplemente “Respuesta”. En realidad, durante el itinerario de la *Lectio* lo que hacemos es responder al mensaje de Dios, manifestándole cómo pensamos hacerlo vida. La acción se realiza en la vida y se traduce en un compromiso con Dios y la comunidad de fe, y nuestro testimonio como cristianos.

Desde lo alto de la montaña (*contemplatio*), Dios nos envía al valle de la vida, a la familia, los amigos y el pueblo; al trabajo o la escuela; a vivir el Evangelio en las calles, las plazas, los centros de diversión, la comunidad eclesial... en la vida entera. A algunas personas les resulta difícil pasar de la contemplación a la acción, en particular si no han aprendido a integrar los dos travesaños de la cruz, el vertical que enraizado en la tierra dirige su vértice al cielo, y el horizontal que señala el vasto horizonte de la realidad humana que debe abarcar nuestra vida.

Cuando la Palabra de Dios ha resonado en lo más profundo de nuestro ser, le hemos preguntado a Jesús con sinceridad “¿Qué quieres de mí?” y estamos dispuestos a responderle con generosidad, estamos en el trampolín para lanzarnos a la acción:

- **La Palabra es transformadora cuando se traduce en acción**, pues al saciar nuestra sed de Dios es como el agua venida del cielo que empapa la tierra y que regresa al cielo hasta haber producido el fruto deseado (Is 55,11).
- **La Palabra es eficaz al producir frutos**, pues es útil para enseñar, corregir y educar en la justicia; de hecho, siempre tiene que finalizar en el compromiso por la justicia, tema clave y central en la historia de salvación (Tim 3, 16).
- **La Palabra y la oración tienen que traducirse en obras**, pues mediante ellas se cumple la voluntad de Dios: “Obras son amores y no buenas razones”, dice un dicho popular. Jesús afirma: “No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial” (Mt 7, 21); también denuncia, mencionando al profeta Isaías: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí” (Mt 15, 8; Is 29, 13).
- **La oración y la contemplación son reales y significativas sólo si tienen proyección fraterna**. Si nuestra unión con Dios no alimenta a otras personas, es una experiencia falsa o imaginaria; si nuestra *Lectio* no aterriza en situaciones de la vida social, es una evasión de la realidad; si la oración se queda en las nubes y nuestro diálogo con Dios se esfuma y se evapora sin dar el fruto esperado, no hubo una oración auténticamente cristiana.
- **La *Lectio divina* tiene sentido y valor sólo si lleva a hacer la voluntad de Dios**. Jesús lo ilustra claramente en la parábola de los dos hijos, a quienes el padre manda a trabajar a la viña. El primero dice que sí irá y termina no yendo; el segundo responde que no y siempre sí va. (Mt 21, 28-32). El primero hijo retrata a quienes escuchan la Palabra de Dios y no hacen nada. El segundo hijo representa a quienes se convierten, cambian de vida y hacen la voluntad de Dios; estos son los que entran al Reino de Dios.

La relación de Jesús con su Padre se proyectó en su misión: extender el Reino de Dios en la tierra y alcanzarnos la salvación del pecado y la muerte, para poder gozar eternamente en unión con Dios. Igual nos corresponde a nosotros: el cristianismo enfatiza la proyección de la comunión con Dios hacia afuera, en contraste con las religiones orientales, como el budismo y el hinduismo, que acentúan la interioridad.

Al dar nuestra respuesta a Dios en la vida cotidiana mediante la acción, el compromiso y el testimonio, la Palabra es capaz de generar vida en abundancia, como Jesús lo dijo de sí mismo: “He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia”, justo cuando se presenta a sus discípulos como el Buen Pastor (Jn 10, 10).

- **Cristo mismo, Palabra viva de Dios, nos va conformando poco a poco a su imagen y semejanza.** Cuando la Palabra habita en nosotros, nos habilita y capacita para ser palabra-signo-expresión del amor y de la comunicación de Dios con la humanidad, y poder continuar su misión en el mundo.
- **El encuentro con Dios, hecho desde la fe y con fe durante la *Lectio*, se continúa en el encuentro con el prójimo.** Es aquí que se puede constatar si el encuentro con Dios ha sido auténtico y si nos mantenemos abiertos a las mociones del Espíritu Santo.
- **La Palabra se encarna a través de nuestras palabras y acciones y va fomentando en nosotros un proceso continuo de conversión y crecimiento cristiano, y va iluminando la vida de las personas a las que llevamos el Evangelio, convirtiéndose así en una luz que ilumina y un fuego que energiza.**
- **La historia de salvación continúa y las personas en nuestro alrededor pueden constatar la verdad de la Buena Nueva de Jesús.** Así sucedió en Jerusalén, entre las personas que escucharon a Pedro proclamar el misterio de la muerte y resurrección de Jesús, y así debe suceder hoy día: “Estas palabras les llegaron hasta el fondo del corazón y le preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: ¿Qué tenemos que hacer, hermanos?” (Hch 2, 37).

Hay que cuidar de no caer en deformaciones de la *Lectio divina*:

- **Quedarse en una lectura de la Palabra limitada a obtener frutos espirituales, genera una religión espiritualizada y pietista que no refleja a Jesús, su vida y su misión.**
- **Realizar una lectura de la Palabra ideologizada, manipulada y politizada, que busca la instauración reinos personales y sociales, en lugar del Reino de Dios con los valores y características que reveló Jesús.**
- **Una *Lectio* sin un compromiso auténticamente evangélico, se convierte en una lectura alienante, alienadora, que genera personas con una identidad cristiana deformada y grupos de Iglesia que se van convirtiendo en sectas centradas en sus propios intereses.**

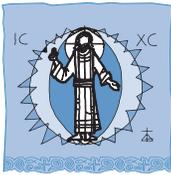
El itinerario de la *Lectio divina* sólo puede darse por concluido cuando la contemplación lleva su fruto a la acción. “Hágase según tu Palabra”, dice María, y su “sí” fue lo que permitió que la encarnación de la Palabra en la historia de la humanidad (Lc 1, 38).

La Palabra de Dios “leída”, “meditada”, “orada”, “contemplada” y “discernida”, nos impulsa a la acción, a integrar la fe y la vida, a dar testimonio de Jesús, Palabra de Dios hecha carne. La “*actio*” es nuestra respuesta a Dios en diferentes frentes y con distintos matices: vida, compromiso, testimonio, evangelización.

El culmen de la contemplación es la evangelización: la capacidad de brindar a otros el mismo tesoro; la decisión y empeño de ofrecer a los demás la misma agua viva que ha

transformado nuestra propia vida. Al anunciar al Señor con obras y palabras, se da gratis el agua viva, para que nadie perezca sino que tenga vida eterna (Jn 3, 16).

El siguiente cuadro sintetiza en qué consiste la lectura orante de la Palabra de Dios, incluyendo los cuatro pasos tradicionales, y la acción como paso adicional, para asegurar que la Palabra se hace carne en la vida.⁷

ESQUEMA SINTETIZADOR DE LA <i>LECTIO DIVINA</i>				
LA SAGRADA ESCRITURA ES...				
Palabra escrita de Dios	Por inspiración del Espíritu Santo		Confiada a la Iglesia para su salvación	
Leer	Meditar	Orar	Contemplar	Actuar
¿Qué dice el texto bíblico?	¿Qué me dice el Señor con su Palabra?	¿Qué le digo al Señor movido/a por su Palabra?	¿A qué conversión de mente y corazón me invita el Señor?	¿Qué sentido tiene mi vida ahora y qué acciones son congruentes con él?
				
Interpretar la Palabra... para descubrir el mensaje de Dios por medio del autor inspirado	Actualizar la Palabra... para interpelar la vida, dialogar con Dios y celebrar nuestra fe en familia y en comunidad		Actuar la Palabra... para conducir la vida (actuar) según el querer de Dios (conversión) y dar testimonio de Jesús vivo y actuante en la historia	
De esta manera...				
El mensaje de Dios...	Interpela mi vida...	Suscita la oración...	Motiva la conversión...	Lleva la Palabra a la acción.

Guía para preparar una *Lectio divina* que ilumine una reunión o proceso de pastoral Juvenil

1. Identificar un pasaje de la Sagrada Escritura que lleve a la comunidad a entrar en oración con Dios sobre la temática del día o el tema principal que tratarán. [5 minutos]
2. Orar por unos 15 minutos la noche anterior o temprano en la mañana del día en que facilitarán una *Lectio divina*, pidiendo al Espíritu Santo que los asista.
3. Revisar las secciones “Esencia y pasos en la *Lectio divina*”, “Aportes para practicar la *Lectio divina* paso a paso” y el “Esquema sintetizador de la *Lectio divina*”, para asegurarse que al crear el proceso para la oración, la encaminan de manera adecuada y no la convierten en un ejercicio de catequesis, exégesis bíblica o estudio de la Sagrada Escritura. Pueden dividirse el material entre los miembros de la comunidad, para que cada persona “custodie” que ese paso lo están planeando bien. [10 minutos]
4. Planificar cómo se guiará la oración; decidir si se hará la *collatio*. En caso de hacerla, hay que recordar que se trata de compartir la experiencia de su oración; no de dar una catequesis o enseñanza. Tomar todos notas de cómo se hará la *Lectio*, para estar listos según la decisión que tome la comunidad en el siguiente paso. [25 minutos]
5. Discernir —analizando pros y contras— si es mejor que uno, dos o varios miembros de la comunidad faciliten la *Lectio*. [10 minutos]



Notas bibliográficas

-
- ¹ Concilio Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Divina Revelación (Verbum Dei), n. 21.
 - ² Benedicto XVI, Congreso internacional sobre la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia, 2005.
 - ³ CELAM, Aparecida: Conclusiones de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 2007, n. 249.
 - ⁴ *Ibidem*, n. 446.
 - ⁵ Papa Francisco, Homilía en la Casa de Santa Marta, 8 de junio, 2013.
 - ⁶ Arturo Somoza Ramos y Grupo Herramientas, Qué es... *La Lectio Divina*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1996.
 - ⁷ *La Lectio Divina* y Diálogos Semanales con Jesús: Manual de capacitación para jóvenes, Instituto Fe y Vida, 2010, p. 13.